

tierra, para que nos dé la riqueza de su gloria, el ser vigorosamente fortalecidos por su Espíritu, para perfeccionamiento del hombre interior, y que Jesucristo habite en nuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundados en la caridad, podamos comprender con todos los santos, cuál sea la latitud y la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor del Cristo, que sobrepuja á todo conocimiento, de suerte que seamos llenos de toda la plenitud de Dios». ⁽¹⁾

He ahí la primera tarea que incumbe á la época, he ahí lo que contribuirá al rejuvenecimiento de la Iglesia, he ahí lo que nos llevará á la salvación.

(1) Eph., III, 14 y sig.

APÉNDICE II

EL ESPÍRITU SANTO COMO CENTRO DEL PENSAMIENTO Y DE LA VIDA SOBRENATURALES

1. **El renuevo de la Iglesia es consoladora prueba de la acción del Espíritu Santo.**—Hace unos treinta años que un libro capaz de hacer revivir la persona y la acción del Espíritu Santo en la conciencia y en el aprecio del pueblo cristiano, parecíanos una de las necesidades más apremiantes de la época. Tal obra brotó de la pluma del incansable Monseñor Gaume. Sin embargo, no era del todo á propósito para hacer popular y universal la devoción al Espíritu Santo, porque, de una parte, era sobrado devota, y, de otra, trataba demasiadas cosas extrañas al asunto.

Habíamos nosotros mismos prometido al Espíritu Santo escribir un librito de esa clase, cuando las circunstancias nos lo permitiesen. Mas en el ínterin, escogióse él mejores instrumentos, que le hicieron conocer á los hombres y han despertado en ellos el amor y el respeto hacia él. Casi al propio tiempo, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, las hermosas obras del cardenal Manning, de Coulin, de Zardetti, de Deutz, de Meschler, venían perfectamente á llenar esta sensible laguna. ⁽¹⁾ Cuanto al presente podemos desear, es que el impulso dado produzca sus resultados tan largamente como sea posible, por donde quiera que un corazón cristiano aspire al verdadero servicio de Dios y á la perfección. Pues la vida sobrenatural no

(1) Especialmente Froget, *L'habitation de S. Esprit dans les âmes justes*.

podría florecer, á no ser que el Espíritu Santo sea mejor conocido y mejor amado. ⁽¹⁾

Estas felices circunstancias, que nos dispensan de poner mano al designio que antes habíamos acariciado, cólmanos del más vivo consuelo, y de la más profunda gratitud con respecto á Dios. En ello vemos nueva demostración evidente de la energía siempre joven de la verdadera Iglesia de Dios. Hemos dicho ya que en todas las épocas de opresión y de rebajamiento, habíase siempre elevado por sí misma á nueva vida. El mismo fenómeno hase verificado aquí, y esto de manera que nos hace ver claramente de dónde viene esa fuerza en la cual renuévase ella siempre como el águila, y se rejuvenece en el fuego de la afficción como el fénix, para lanzarse más alto que nunca hacia el cielo.

No la sabiduría humana es quien entonces acude en su socorro. Ésta ni siquiera comprende lo de que ahora tratamos. Además, sería incapaz de ayudarla. El socorro viene de lo alto. De igual suerte que idéntica necesidad habíase hecho sentir de pronto en las más diversas partes de la Iglesia, así los remedios encontráronse súbitamente. No eran poder ni sabiduría humanos quienes provocaban tal movimiento en los espíritus, era la voz de Dios sobre las aguas; ⁽²⁾ era la acción de Dios en el corazón de su Iglesia. El Espíritu del Señor es aquel mismo Espíritu Santo que, en el principio, cerníase sobre las aguas, ⁽³⁾ el mismo que llena la tierra, que vivifica á la Iglesia y mantiene su homogeneidad. Y pues sabe hablar ⁽⁴⁾ en el momento oportuno, es inevitable que aquélla encuentre, en la hora decisiva, las luces que necesita, la palabra, la línea de conducta y los actos justos. «Es el único y mismo Espíritu que produce todos sus dones, distribuyéndolos á cada cual según le place». ⁽⁵⁾

(1) Para esta clase de lecturas, de Teología Intima, véanse los 9 tomos del Abate Sauvé.—N. del T.

(2) Psalm., XXVIII, 3.

(3) Gen., I, 2.

(4) Sap., I, 7.

(5) I Cor., XII, 11.

Dios envió de nuevo ese Espíritu mediante el cual vive y obra la Iglesia. Él es, y no el poder intelectual del hombre, quien todo lo ha transformado, y quien renovó la faz de la tierra. ⁽¹⁾ De él es de quien parte el movimiento silencioso é invisible que, en nuestros días, apoderóse de la Iglesia de manera evidente é irresistible. Cabe, á veces dolerse, y con razón, que, á causa de su debilidad, la inteligencia humana, tan imperfecta, no comprenda la fermentación, el empuje y el brote producidos por el Epíritu Divino. Como quiera que sea, ese poderoso impulso para nuevo vuelo que se deja sentir en la Iglesia, es una prueba de su divinidad, porque lo es de la actividad del Espíritu Santo en su seno. Es, además, prenda de esperanza en favor de una renovación más considerable, más perfecta. Dios es fiel. ⁽²⁾ Él es quien hizo el comienzo y quien dará también la terminación.

2. El Espíritu Santo como centro del pensamiento y de la vida sobrenaturales.—Este vuelo hacia lo mejor contiene al mismo tiempo otra verdad de la mayor importancia.

Pasa de un cuarto de siglo que se hicieron las primeras tentativas para rejuvenecer la enseñanza de lo sobrenatural, olvidada desde tan largo tiempo. Fué ello causa de grandes luchas en tal época. Muchos de los que abrigan excelentes intenciones con respecto á la causa cristiana, creían prestar á Dios un servicio luchando, por todos los medios posibles, contra una tendencia en la cual veían tan sólo exageraciones de una fe que no estaba en conformidad con los pareceres de la época, y creaciones arbitrarias de una piedad exagerada.

Tales discusiones eran precisamente ocasionadas por la resistencia del espíritu racionalista que contaba ya un siglo. Son la demostración que manifiesta cuán extraño é incomprensible al mundo habíase tornado lo sobrenatural. Guiado por secreto y seguro instinto, el espíritu del falso

(1) Psalm., CIII, 30.

(2) I Thess., V, 24.

naturalismo veía su dominación amenazada, si tal manera de ver sobrenatural, que él creía desaparecida para siempre, llegase á resucitar. De ahí tan encarnizada guerra. Mas, contra el poder de Dios, no hay poder que resista. Transcurrió escaso tiempo, y la nueva tendencia, ó más bien la antigua tendencia cristiana, triunfaba por lo menos en la teología.

Apenas lo sobrenatural había recobrado su influencia sobre los espíritus, cuando se produjo como una necesidad indispensable de buscar, en el polvo de las bibliotecas, la enseñanza referente al Espíritu Santo, de tanto tiempo olvidada.

Muéstranos esto la verdadera importancia y el lugar que corresponde á este punto de doctrina en el dominio de lo sobrenatural.

El Espíritu Santo es foco, centro, manantial, y corazón del pensamiento y de la vida sobrenaturales. Muéstrasele á cada paso como guía á quien pretende penetrar lo formal del orden sobrenatural. Y solamente aquel que intenta familiarizarse con él puede orientarse en ese mundo sublime. Sin el conocimiento de su acción, el hombre no ve en las verdades sobrenaturales más que fragmentos sueltos de diversa naturaleza é incomprensibles, que, como meteoros y estrellas filantes, caen del otro mundo en el nuestro.

Un mundo nuevo, más elevado, lleno de unidad y de vida, ábrese tan sólo á quien trata de orientarse según la luz de ese sol bienhechor. Por esa razón, es también principio de la vida sobrenatural. Allí en donde no luce, y no calienta, la prosperidad espiritual no existe, hállanse tan sólo raquíticas pequeñas plantas, que ciertamente distan mucho de servir para atraer á lo sobrenatural la estimación y el amor.

3. Consecuencias del descuido habido en la enseñanza de la doctrina referente al Espíritu Santo.—Si alguien desea pruebas de lo que afirmamos, encontrará copioso número, lo mismo en las obras de teología y de piedad, que en la vida de pasados tiempos. Casi siempre tie-

ne todo esto un aspecto tan frío, tan vacío, que nosotros mismos admirámonos de que se haya encontrado un solo hombre capaz de sentirse ahí satisfecho. No cabe decir que todo entonces fuese puramente natural. ¡Buena dicha, si así hubiera sucedido! Mas, considerado desde tal punto de vista, resultaba tan tieso como vacío desde el punto de vista sobrenatural.

Nada extraño es; no se trataba del Espíritu Santo. Por eso la vida, la fuerza y las flores por doquiera faltaban. En vez de tratar de las virtudes sobrenaturales infusas, y de insistir en su práctica, contentábanse con áridas recomendaciones referentes á una moral toda de prudencia, á una piedad de hombre honrado casi enteramente profana.

En cuanto á las virtudes teologales, no se sabía qué hacer. Á la fe, que todavía se admitía como monumento de la sencillez cristiana, mas no como una de las más altas virtudes, y como base indispensable de la justicia sobrenatural, tratábase de hacerle la vida lo más dura posible, y de despojarla de toda influencia. Respecto á los dones del Espíritu Santo, no había para ellos lugar en los pensamientos de aquel tiempo. Á lo sumo si, en la casa levantada por el racionalismo, se les daba todavía una pequeña buhardilla, para el caso en que pudieran tal vez ayudar á ciertos individuos privilegiados á cumplir actos extraordinarios.

La consecuencia de tal conducta fué esa manera de ver de la cual desgraciadamente afirmamos todavía hoy su existencia en muchas esferas cristianas: «No queremos participar de la vida del mundo;—dícese allí—mas tampoco se nos hará creer que debemos arrojarnos inmediatamente en la santurronería. Queremos guardar el justo medio entre ambos excesos. Ser buenos cristianos, pero no fanáticos; proceder sin ruido y modestamente; practicar la religión tranquila y reflexivamente, con moderación, sin exageraciones inútiles, sin ostentación, sin turbar el orden corriente de las cosas, he ahí nuestro ideal. Por lo tanto, nada que no sea necesario, nada que pueda afectar de manera desagradable á espíritus moderados».

Tal es, poco más ó menos, la filosofía práctica de todas las gentes del mundo, en los límites en que todavía quieren ser cristianos, y tal es la filosofía del mayor número de aquellos que se lisonjean de formar parte de las sedicentes clases ilustradas. Cosa curiosa, precisamente son los representantes de esas clases, quienes tienen mayor pretensión de creerse cristianos modelos.

Para decir con franqueza la verdad, no podemos prohibirnos añadir que en ciertos medios eclesiásticos, y en ciertas cátedras de teología, en donde tiene su hogar propiamente dicho, tal filosofía continúa gozando de la consideración de un evangelio consagrado por una práctica secular y de innumerables párrafos. ⁽¹⁾

Á consecuencia de tal manera de ver, acostúmbrase á clasificar á la humanidad en tres categorías.

En la primera, están aquellos á quienes el fariseo junta en su oración bajo esta rúbrica: *el resto de los hombres*, los ladrones, los bandidos, los asesinos, los hipócritas, etc. En las horas de mal humor, cuando se ve uno perseguido por la adversidad, llámaseles *malos*, ó *malos cristianos*, y hácese cargos á Dios porque permite que todo les salga bien, y porque parece olvidar á los buenos.

Frente á éstos, hállanse los que forman parte del extremo opuesto, y á quienes se da el nombre de *santos*. «Antes de ahora,—dícese—eran bastante numerosos; actualmente sólo se les encuentra en el cielo. Hombres vivos, que tienen formal intención de hacerse santos, están pasados de moda. Huiríase de ellos como si fueran espectros. De hecho, vense pocos de verdad en el mundo. Apenas si, en su seno, se encuentran personas que hayan llegado á una semi santidad. La mayor parte de las veces, son santos fracasados, gentes que muestran por su edad y su exterior, que no van con la época. Puede ocurrir que todavía se encuentren escondidos en alguna parte representantes

(1) Afortunadamente estas teorías ascéticas, ó de moral ascética, en España no se conocen, ni entre el sacerdocio, que se mantiene en su puesto de honor, ni entre las personas seglares que viven vida devota.—N. del T.

fuera de moda de la verdadera santidad; mas no se atreven á mostrarse públicamente. Antes de ahora por lo menos, habíaseles dejado generosamente los claustros como refugio; hoy trátase de cerrárselos, y con frecuencia aquellos que eran precisamente los mejores asilos de la santidad».

Entre ambos extremos, hállase la tercera clase, la de los *justos*. Estos, los buenos cristianos, como ellos mismos se llaman, con cierta especie de predilección, renuncian por anticipado á ser santos. Como dicen ellos, tan sólo tienen intención de llegar un día al cielo. Mas en cambio, tratan de formarse la vida tan feliz cuanto aquí abajo es posible; y, desde tal punto de vista, difieren enteramente de los fariseos. Quieren suprimir en el Cristianismo cuanto no es de moda, y cuanto tiene trazas de rigorismo, otras tantas cosas que podrían ser objeto de inquietud ó de horror para el espíritu de la época. ⁽¹⁾

Como se ve, tal tendencia permítase hacer algunos cambios conformes con la época en las doctrinas del Cristianismo. Sin duda alguna, sus representantes figúranse que la mansión de los bienaventurados es doble. Dejan á los santos lo más elevado en punto á santidad, lo que está inmediatamente ante la faz de Dios. Creen que allá pasan las cosas como pasaban aquí para el publicano, y contentáanse con la última porción, es decir, con el cielo de los llamados buenos cristianos. Mas no parece que tengan exacta idea de él. No se sabe si lo consideran como una especie de purgatorio agradable, ó como continuación de la vida honesta y poco penosa de los buenos cristianos en este mundo.

Según todas las apariencias, más bien adoptan ese último parecer, porque cuanto menos reivindicán elevado puesto en la otra vida, más tratan de formarse un paraíso en ésta, probablemente para prepararse á la vida que cuentan tener allá eternamente. Y del propio modo que tratan de tranquilizar aquí bajo su conciencia con el menor tra-

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 331 y sig., 355 y sig., 361 y sig.

bajo posible, igualmente quisieran desentenderse en la eternidad de la proximidad molesta de Dios, por miedo á verse sustraídos por él de esa vida cómoda en la cual hallan la satisfacción de sus necesidades religiosas.

Pues, en suma, esto constituye el fondo de toda esa manera de pensar y de vivir. Cuanto recuerda, aunque poco sea, un celo mayor en la vida espiritual, resulta en seguida tachado de exageración, fanatismo, pesimismo, como fruto de malsana piedad. Como religión verdadera y conforme con las necesidades de los tiempos y de la civilización, no aprueban sino un Cristianismo que contenga lo estrictamente necesario, y practicado de tal suerte que nadie sufra por ello inconvenientes ó se vea contrariado. ⁽¹⁾

4. Ojeada acerca de la organización interior del orden sobrenatural en el hombre.—No daremos larga demostración haciendo ver cuán errónea y perniciosa es tal manera de ver. Conocido el fin que nos hemos propuesto, basta decir que no sería posible, ni se tuviera idea exacta de los dones del Espíritu Santo. Desde que se la tiene, la vida cristiana aparece de muy distinta manera.

Atendiendo á eso, dado es afirmar con toda verdad, que los dones del Espíritu Santo forman el punto doctrinal de la comprensión exacta del cual depende esencialmente la concepción de la doctrina moral sobrenatural. Ahí se da nueva prueba de la necesidad de buscar en el Espíritu Santo el centro y también el término de todo pensamiento y de toda acción sobrenatural. ⁽²⁾

El cristiano pertenece á dos mundos que deben unirse en él de la más estrecha manera. Como hombre, debe tender á Dios, señor y término del orden natural. Como cristiano, debe dirigir sus aspiraciones á Dios, autor y consumidor de nuestra fe. ⁽³⁾ En otros términos, debe tender

(1) Cf. conf. IV, 4.

(2) Cf. López de Ezquerro, *Lucerna mystica*, tr. 3, c. 5-8. Vallgornera, *Theol. myst.*, I, n. 547-586; II, Append. n. 256-283. Honorato a S. Maria, *Tradit.*, II, p. 3, a. 8. Meynard, *Vie interieure* (4), I, 411-461; II, 65-95. Terrien *La grâce et le gloire*, (2), I, 186-202.

(3) Hebr., XII, 2.

como hombre á su último fin natural; como cristiano, á su último fin sobrenatural.

Hemos demostrado ya suficientemente en las dos primeras partes de la presente obra, ⁽¹⁾ que, dada su elevación á un fin sobrenatural, el hombre no puede alcanzar su fin natural sin el sobrenatural. Mas esto no destruye en manera alguna la posibilidad de establecer distinción entre ambos fines y entre ambos órdenes.

Para que el hombre pueda alcanzar su fin natural, otorgó el Creador las dos potencias espirituales llamadas inteligencia y libertad. Mas al lado y por encima de esos dos principios interiores inmediatos de todo movimiento la criatura racional para llegar á su fin, dase como una causa exterior útil y más elevada, la intervención activa de Dios mismo, sin la cual jamás sus aptitudes de obrar no se reducirían al acto. ⁽²⁾ Además, la bondad de Dios otorgó á todas las potencias humanas cierta inclinación natural á un objeto que á ellas responde en cuanto es verdad, belleza ó bondad, ⁽³⁾ para tender más fácilmente á él, y poder dejarse atraer por él de manera más conforme con su naturaleza. ⁽⁴⁾ Así la piedra es más fácilmente arrojada por la mano del hombre que la pluma, porque la inclinación á la caída, ó la pesantez del objeto, viene en ayuda de la impulsión exterior dada por quien la arroja.

Dios organizó al hombre de igual manera para alcanzar su fin natural, Todo ser debe hallarse constituido en relación con el fin al cual está destinado. Sin eso, no podría alcanzarle. Pero cuanto, por una parte, más elevado sea el fin, más, por otra, la influencia de las impulsiones y de los movimientos que Dios debe ejercer sobre el hombre, en cuanto causa exterior que le determine á pasar á esa actividad por la cual debe alcanzar su fin, es sublime y delicada, más elevado y perfecto debe ser el equipo,—si así es per-

(1) Véanse los tomos I, II, III y IV.

(2) Thomas, 1, 2, q. 9, a. 1, 4; q. 79, a. 2; q. 9, a. 1, 9.

(3) Thomas, 1, 2, q. 8, a. 1; 2, 2, q. 155, a. 2; 1, q. 105, a. 5; *C. Gentes*, 3, 70; Pot., q. 3, a. 7.

(4) Cf. sobre esto el tomo I.